

Milenio, de Jacques Attali

Juan Falconí Morales (*)

Un pequeño libro, muy sugestivo, publicó la Editorial Seix Barral, a finales de 1991: es el trabajo del economista francés Jacques Attali, originalmente difundido bajo el título *Lignes d'horizon*, por la editora Arthème Fayard. El trabajo pretende examinar la situación del mundo en vísperas del tercer milenio, esbozando lo que sería su configuración política, económica y social en el futuro inmediato.

El autor lo escribió antes de los dramáticos acontecimientos que se sucedieron en los países de Europa del Este; paradójicamente, quizá, Attali había sido nombrado, en mayo de 1990, Presidente del Banco Europeo de la Reconstrucción y del Desarrollo de Europa del Este, con sede en Londres.

Cuatro capítulos configuran el ensayo: Líneas de horizonte, Los dos espacios dominantes, Los objetos nómadas, Años 2.000. Debe relevarse que Attali ejerció el cargo de Consejero Especial del Presidente Francois Mitterrand, prácticamente desde su acceso al poder, en 1981.

La preocupación esencial del libro es discurrir sobre el orden político que se perfila, el desarrollo, las relaciones del poder entre las naciones, los estilos de vida, las tendencias

(*) Subgerente de Investigaciones Económicas. Post-grado en Economía en la Universidad de París, Francia.

artísticas, etc., en un contexto en el que surgen nuevos actores y nuevas posturas y en el que el abandono de los modelos ha hecho del mercado el dueño de todo, el árbitro de la cultura.

El autor, sin embargo, no suscribe el liberalismo a ultranza. Cree que la época es explicable y que el futuro puede ser aclarado con hipótesis serias; todos tenemos derecho a plantear *líneas de horizonte*. La condición es *tender nexos de unión entre las innumerables aportaciones de las ciencias sociales de hoy y utilizarlas para dar sentido a la abundancia de hechos que inciden por sorpresa en nuestra vida cotidiana*. (página 5).

Para Attali, es imposible explicar la coyuntura e intentar decir algo del futuro, sin interpretar la historia de las relaciones sociales, sobre todo de la relación de violencia que las determina.

En base a tal recorrido, llega a conclusiones *poco clásicas* sobre las perspectivas en ciernes: contrariando a las ideas en boga, cree que no se asistirá a un triunfo de la economía americana en un mercado denominado por los servicios, sino que nos encaminamos hacia un mundo hiper-industrial, en fuerte crecimiento, dominado por dos espacios rivales: el espacio europeo y el espacio del Pacífico. Dos espacios integrados, donde las potencias económicas sustituirán a las potencias militares, ambas en decadencia.

La economía mundial se animará por una demanda de objetos nuevos que cambiarán completamente nuestros modos de vida... y por objetos nómadas, porque serán portátiles y permitirán cumplir lo esencial de las funciones de la vida sin tener lazo fijo. Esta nueva figura exigirá inventar nuevas reglas de política económica y pensar de manera distinta la geopolítica y los equilibrios estratégicos (pág. 6).

Attali estima que la crisis económica ha sido superada, aunque la velocidad del crecimiento en los países industriales podría amortiguarse coyunturalmente. No obstante, subsistirían problemas, en particular las diferencias entre países, el desempleo, desórdenes en los mercados de capital y de materias primas, etc. La renovación tecnológica permitirá en el conjunto lograr importantes aumentos de productividad, de lo que resultarían nuevas inversiones y salarios, abriéndose la posibilidad de nuevos servicios y mercados.

Podría creerse, de esta manera, que el libre funcionamiento del mercado sería la panacea; sin embargo, la política económica de los países industriales va en sentido contrario, como lo prueba el proteccionismo rampante.

Los desequilibrios económicos por los que atraviesa Estados Unidos podrían incidir en el ritmo de expansión global, lo que –por la influencia de este país en el concierto internacional– tendría consecuencias negativas. Attali está consciente, además, de que una serie de problemas sociales afectaría a los países desarrollados; advierte que el desarrollo de los próximos años, en el marco de una política de reducción del gasto social, tendría repercusiones psico-sociales desalentadoras, que se reflejarían en el aumento del consumo de drogas. Describe, para la sociedad, del futuro, el panorama de individuos solitarios, abrumados bajo una masa de informaciones, que se verán reducidos a gozar del espectáculo del poder y de los placeres de una minoría (página 8).

En los antiguos países comunistas, la fase de transición por la que hoy atraviesan no estará libre de contradicciones y dificultades; asimismo, las diferencias entre los países industrializados y los del Sur tenderá a acentuarse. La pobreza se ha *instalado* en estos últimos, y las leyes del mercado no reabsorberán los desequilibrios; al contrario, los acentuarán en favor de los más fuertes (página 9).

Para el autor, si el Norte no llega a entender lo que ocurre, la rebelión podría ganar terreno; de ahí que sea necesario analizar la complejidad de los desórdenes para aprovechar el potencial de las mutaciones en curso y aminorar los efectos perversos de la revolución que se anuncia.

Los cambios de los últimos años han precipitado, también, el abandono de los dogmas. Nuestro siglo estuvo lleno de teorías confeccionadas y todas condujeron a callejones sin salida o a matanzas. Los que anunciaban el fin del capitalismo han empujado a sus pueblos a soñar con él. Aquellos que pretendían construir una edad de oro mediante la eliminación de una clase social o de un grupo étnico, se han hundido en la barbarie. Los que anunciaban el triunfo del individualismo ven como sus conciudadanos exigen más solidaridad y fraternidad.

Sea como fuere, esto no debe llevarnos al abandono de los esfuerzos de teorización sobre el funcionamiento de la sociedad: todas las teorías han tenido utilidad. Unas han demostrado la importancia del mercado y la reversibilidad del tiempo del poder; otras han subrayado las necesidades de la lucha social y la reversibilidad del tiempo de la historia. No obstante, la ciencia humana, para estar acorde a la realidad, debe basarse en modelos mucho más complejos, que aprovechen los progresos del pasado (página 11).

En ese sentido, el autor destaca el rol que le cumpliría a la teoría de la información en todas sus formas: biología, informática, lingüística, antropología, en las que debería

fundamentarse el análisis social. Esta teoría enseña que ninguna forma social y física puede existir si sus miembros no se comunican entre sí y con el exterior; demuestra que el tiempo puede convertirse en reversible allí donde el orden, –es decir, información que tiene sentido para un observador– puede ser creado. Dicho de otro modo, una forma social exige, para instalarse y perdurar, la ordenación de la violencia, del mismo modo que los mensajes, para ser comprendidos y transmitidos, exigen la ordenación de los ruidos.

A partir de esta intuición, sugiere que es posible aclarar mejor el futuro de las formas sociales y de las relaciones internacionales, sin caer en el reduccionismo de Walras –juegos de fuerzas en equilibrios– y de Marx –máquinas en perpetua degradación–. Las formas sociales serían formas vivientes que obedecen a leyes, aún inciertas de la vida, nutridas de esperanzas todavía mal teorizadas de la historia (página 12).

Según Attali, han existido tres formas de gestión de la violencia: en primer lugar, lo sagrado; luego, la fuerza; y, finalmente, el dinero. Cuando la fuerza apareció, sólo parcialmente reemplazó a lo sagrado y el dinero sólo muy despacio se hace un lugar entre ambos. Todas esas formas se alimentan y se superponen sin excluirse. La política encaja –algún momento– en el cuadro descrito. De su lado, el dinero, que se insinúa en las relaciones sociales –a partir del siglo VII antes de nuestra era– toma el control veinte siglos más tarde.

El dinero será progresivamente el equivalente universal, canalizando las rivalidades hacia sí mismo. Se impondrá a los modos anteriores de gestión de la violencia, apareciendo opuesto a lo sagrado y a la fuerza. Como lo anota el autor, en este nuevo orden el poder se mide por la cantidad de dinero controlada..., en primer lugar por la fuerza y luego por la ley (página 17).

Las formas mercantiles, en las que el dinero es la ley, tendrían los siguientes rasgos comunes: un centro hegemónico, que domina lo financiero, lo técnico, lo cultural, lo ideológico, el intercambio; un medio, integrado por numerosos países y regiones que compra los productos del centro; más lejos, la periferia, que reagrupa las regiones explotadas, que venden sus materias primas al centro y al medio, sin tener jamás acceso a las riquezas del primero. Las formas mercantiles se suceden como consecuencia de los cambios tecnológicos; se pasa a nuevas formas mercantiles cuando cambia la jerarquía de las naciones y la tecnología.

En ese sentido, las formas mercantiles tienen una vida muy breve: el desorden es el estado natural del mundo, la forma organizada es la excepción. En ese contexto deben

entenderse las crisis; éstas se prolongan hasta cuando nuevas tecnologías y relaciones sociales se muestren capaces de generar mayores beneficios; terminan cuando aparece un nuevo centro, cuando las tecnologías y las relaciones sociales sustituyen los servicios no mercantiles por nuevos objetos producidos industrialmente en serie y, por tanto, creadores de valor agregado.

La forma mercantil en curso se caracteriza por la libertad de crear, de producir, de intercambiar; en suma, de la democracia (página 23). Los signos que la anuncian son numerosos: tecnologías que permiten reducir costos de objetos industriales –como automóviles o electrodomésticos– y la automatización de varios procesos, que llevaría a la producción en serie de objetos nuevos que sustituyan los servicios hasta ahora prestados a los hombres.

Los objetos nómadas: micrófono y teléfonos portátiles, transforman el consumo cultural y la comunicación; el ordenador personal y el telefax, convertidos en portátiles, han comenzado ya a trastornar la organización del trabajo y terminarán estructurando un nuevo orden económico, social y cultural. Más tarde, es posible que se produzcan, también en serie, objetos individuales que satisfacerán los servicios particularmente más costosos para el Estado, como los de sanidad y educación.

De esta forma, el hombre, al igual que el objeto, será nómada, sin domicilio ni familia estables, portador en él, sobre él, de todo lo que constituirá su valor social (página 26). En algún momento habrá de conformarse o será excluido; sin embargo, paradójicamente, la nueva forma social es también liberadora de violencia. Al quedar las diferencias reducidas al dinero, la uniformidad, motor del desarrollo mimético, provoca la violencia.

En base a lo anterior, Attali advierte que el nuevo centro del mundo podría organizarse alrededor de Tokio, –incluso Japón entero–, pues reúne las condiciones necesarias para concentrar todos los poderes mundiales alrededor de sí mismo:

1. Las tecnologías de los objetos nómadas se desarrollan allí desde hace más tiempo que en otra parte.
2. Una organización coherente del estado y las empresas tiende hacia el objetivo de tomar y conservar salidas de mercado.
3. Una tradición cultural de autodominio, una obsesión de comunicar para conseguir consenso, las necesidades demográficas del abigarramiento y, finalmente, la diso-

lución de la familia como célula de servicios, favorecen en ese país, más que en otros, la demanda de tales objetos.

4. El control de un medio donde se producen los bienes tradicionales y se consumen los bienes nuevos está ya muy avanzado (página 29).

Pero, en varios de los puntos del mundo se aspira al control; así, podría darse la yuxtaposición de dos espacios dominantes, organizados cada uno de ellos en torno a un gigante político y económico que rivalizarían en cada espacio, buscando el dominio total. Una de esas parejas serían Estados Unidos y Japón. La otra, la Comunidad Europea y la URSS; nótese que el trabajo, como se señaló, se escribió antes de la debacle de la Unión Soviética.

Los resultados de la competición entre el espacio europeo y el del Pacífico no están dados; es evidente, no obstante, que quedarán excluidos otros "mundos": India y China, por otro tipo de consideraciones.

El futuro parecería augurar las posibilidades de control del mundo a los centros; sus niveles de vida serán superiores a los de la periferia, aunque el *modo* de vida no sería distinto.

En la periferia, los mercados no terminarían por corregir los desajustes, y por ello sería necesaria la voluntariedad mundial, vista la persistencia de las dificultades que estos países enfrentan en los mercados internacionales de productos básicos, en el juego injusto del comercio.

El autor no comparte el dogma de la apertura absoluta como solución al atraso relativo de los países de la periferia. El proteccionismo que persiste en el contexto supuestamente liberal del GATT parecería comprobar esta afirmación; de ahí que deban replantearse las estrategias de imitación que siguen nuestros países.

Para Attali, sea cual fuere el centro hegemónico, la nueva forma que revestirá el mundo, basada en el mercado y el dinero, resultaría peligrosa para la especie humana: *el nuevo orden sustituye actos vivientes por artefactos, transforma la naturaleza en mercancía. amenaza con hacer del propio hombre un producto en serie, ahonda el abismo entre nómadas de lujo y nómadas de miseria* (página 33).

Claro, si no se trazan "líneas de horizonte" y se concilia la modernidad y la espiritualidad, enriqueciendo la libertad social.

En lo económico, se impondrían redefiniciones: un sistema monetario internacional que favorezca la estabilidad y el crecimiento; una reglamentación bancaria y financiera que reduzca la especulación financiera y el blanqueo de dinero; la liberalización del mercado internacional, favoreciendo a los países del Sur; la protección del medio ambiente, el desarme, la lucha contra la droga y el dominio de las manipulaciones genéticas, a cargo de altas autoridades planetarias democráticamente constituidas, encargadas de dictar reglas universales. Estas son tareas muy difíciles, que exigen esfuerzos denodados transparentes.

Respecto a los espacios dominantes, el tratamiento que hace Attali del tema es claro: los dos bloques a los que se hizo referencia serán los que lleven el destino de la humanidad en los próximos años. El fenómeno dominante más importante es la decadencia de los Estados Unidos, aunque muchos no llegan a creer en ello; el problema se plantea, pues siendo la industria la única base duradera de la potencia de un país, los signos de deterioro de los Estados Unidos son convergentes e irrefutables (página 41).

La productividad de la industria norteamericana aumentaría a una velocidad tres veces inferior a la de la industria japonesa y dos veces inferior a la de Europa; no ha creado en los últimos años productos nuevos..., con la notable excepción del microprocesador; Estados Unidos prácticamente ya no exporta automóviles, televisores, electrodomésticos, a pesar del juego cambiario en el que ha incurrido los últimos años. La balanza comercial es cada vez más deficitaria; los productos de alta tecnología, en los que lideró durante mucho tiempo, informática e industria aeroespacial, dejarán de ser su "monopolio".

En quince años, la industria americana ha perdido seis puntos de la parte que le correspondía en el mercado mundial, mientras que Japón ha ganado quince. Esto ha sido notorio en el caso del mercado mundial de máquinas-herramientas: la participación de Estados Unidos pasó del 25 al 5 por ciento en un lapso de treinta años, mientras que la de Japón aumentó de 0 a 22 por ciento. De otro lado, su deuda externa se ha incrementado sensiblemente y el Estado no es capaz ya de asumir gastos de educación, sanidad y mantenimiento del orden social. Habría una caída del ahorro, pérdida de inclinación por la industria, falta de visión a largo plazo, etc., mutación que tiene su origen en el culto a lo inmediato y en una imagen cada vez más centrada en una valoración nostálgica de su propia gloria.

Estado Unidos, enfrenta, así, el poderío japonés, que ha ganado largamente en competitividad: en veinte años, el vencido de la segunda guerra mundial pasó del nivel de país subdesarrollado al de una gran potencia económica. En este caso también los principa-

los signos son industriales: las empresas japonesas gastan el triple para su modernización que las americanas. Japón produce la mitad de los microprocesadores en el mundo; sus empresas se anticipan a la demanda, crean nuevas producciones de consumo, conquistan mercados. En general, apoya lo que será la industria del mañana: la robotización y la miniaturización.

Así, Japón, se convierte en el polo dominante del espacio del Pacífico, integrado, como se anotó, por Oceanía, los países del Asia del Sudeste y todos los países de las dos Américas. Los "cuatro dragones" están en este bloque, en el que los Estados Unidos ocuparán aparentemente un lugar subordinado.

Por su lado, el espacio europeo tenderá a desarrollarse, aunque una serie de problemas en el proceso de integración resultan de solución difícil. Esto, en un contexto en los que los países de Europa del este tratarán de unirse a la Comunidad Europea.

Según el autor del libro, en estos últimos se consolidarán las sociedades civiles y las instituciones democráticas; se desintegrará el estado partido, generalizándose las elecciones; en fin, los partidos comunistas se convertirán en social-demócratas. Se convertirán, además, en economías de mercado, aunque los cambios se efectuarían con tropiezos: de la escasez administrada por la cola de espera y la violencia contenida por la fuerza, se pasaría a una economía en la que la escasez es administrada por los precios y la violencia contenida por el dinero. La ex-Unión Soviética atravesará por problemas similares a los de América Latina, existiendo permanentemente riesgos de crisis, en la búsqueda de una organización mercantil eficiente. Al término de este proceso, Europa del este y del oeste terminarán acercándose.

Attali pone énfasis en el rol que le compete al Banco Europeo de la Reconstrucción y del Desarrollo de Europa del Este, lo que no deja de tener implicaciones respecto a América Latina. En efecto, quien elaboró esta nota es de la opinión de que los fondos que se canalizaban para el desarrollo de América Latina, por ejemplo, podrían desviarse hacia esos países, lo que tendría consecuencias directas sobre las posibilidades de crecimiento de la región.

Se precisa en el libro que la periferia del espacio del Pacífico será parte de Asia y América Latina, regiones prometedoras y en las que el futuro -de cambiarse los patrones tradicionales- haría abrigar posibilidades de éxito. La periferia del espacio europeo sería el continente africano, del cual no se advierten, por el momento, perspectivas concretas de crecimiento.

Hay otros aspectos muy interesantes que el autor pone en evidencia y que aquí no se analizan, por razones de espacio. Importa destacar un par de conclusiones a las que llega al término de su trabajo: según Attali, jamás el mundo ha estado más dominado por la ley del dinero, jamás el capitalismo ha sido más triunfante, más seguro de sí mismo. Jamás resulta más difícil definir en cualquier país un proyecto político que no sea el de su simple adaptación a las exigencias del orden mercantil.

Pero esto, que podría dar margen al pesimismo, se relativiza si se piensa que los hombres jamás han tenido tantas razones para desear "pesar" en la evolución del mundo; hay sectores que exigen una nueva cultura y una nueva visión política, nuevas instituciones por las que hay que luchar con denuedo (página 91).

Nada, en cualquier caso, asegura la armonía. La palabra clave del futuro es crear. Paradójicamente, el deterioro del medio ambiente estará a la orden del día. En esas condiciones, la búsqueda del derecho a la dignidad no debe perderse a pesar de las dificultades.

El libro, aunque no centrado totalmente en el análisis económico, abre líneas para la reflexión, sobre todo en un país como Ecuador, en el que una serie de dogmas tienden a validarse. En ese sentido, induce a la búsqueda de alternativas, que también en nuestro caso consideren las especificidades nacionales, la cultura, la tipología de nuestra sociedad. La imaginación deberá estar siempre presente, contra el facilismo y los intereses particulares. Deseamos conformar una sociedad más justa, menos excluyente.

En suma, un mensaje, el de Attali, que compromete. ¿Dónde estamos los "economistas"?